

# Historia íntima de grandes discordias civiles

Hugo Hiriart

*Nada grande se ha hecho sin pasión.*

Hegel

Sostiene Namier, espejo de historiadores, que las meras ideas son incapaces de encender las contiendas civiles, muchas veces, encarnizadas y cruentas. No, alega, no son ideas sino pasiones ciegas las que ocasionan las pugnas que dividen en campos enemigos las naciones.

¿Qué pasiones marcaron la luz en el campo del honor nacional en el duelo entre liberales y conservadores que dividió a la nación mexicana a todo lo largo del siglo XIX? ¿Y no sucede que la discordia sobrevive hasta nuestros días en la contienda librada entre el PAN conservador y el PRD liberal con un PRI o por unista y atado a sus intereses creados?

Primero habría que situar el origen de la discordia liberales-conservadores. Fausto Zerón Medina, puntual conocedor, me sugirió que probara a estimar que puede arrancar de muy atrás, de la división trazada en la Conquista entre indios y peninsulares, entre repúblicas de indios y encomiendas.

Y después el ala conservadora se consolida y vertebra en la Colonia. De hecho los liberales intentarán, en primer lugar, res-

tarle poder a los obispos (como ellos decían) y al ejército para fundar un Estado nacional fuerte e independiente. Necesidad que, en plutocráticos tiempos, como los nuestros, adquiere otras modalidades: un Estado fuerte frente al poder del capital y los medios a él subordinados. Esto sucede bajo este supuesto: la racionalidad y la justicia sólo pueden implantarse y fructificar donde un Estado es fuerte.

Pero dejemos estas debatibles opiniones, que son sólo el zaguán por donde entraremos a donde vamos, el gran libro *Anales Mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, del doctor Agustín Rivera, publicado por la UNAM en su colección *Ida y regreso al siglo XIX*. El libro va dibujando año tras año la trayectoria de estos, los más turbulentos y gloriosos tiempos de nuestra patria. Así, sin narración, sin presuntas explicaciones, como en la vida misma, van sucediendo las cosas. Alfonso Taracena utilizó el mismo formato en su insuperada crónica de la Revolución Mexicana. Ahora Rivera que vivió, de 1824 a 1916, que tuvo una larga vida en verdad, noventa y dos años, habla de aquello de que fue, en cierto sentido, testigo, porque lo vivió, es decir lo supo cuando las consecuencias de las acciones aquí puntualmente registradas, se ignoraban por completo. Y nosotros al leer el libro revivimos de forma emocionante la tensión, la expectativa, la ambigüedad de los hechos como fueron vividos.

Además Rivera es el más acreditado de los testigos porque era sacerdote, el Cura de Lagos de Moreno, por excelencia, lo que le permite vivir lo que late en el costado conservador, tan ligado a la jerarquía, a los obispos, pero a la vez las simpatías de este cura estuvieron siempre con los liberales, un cura liberal, sí señor, los había, y de esa

manera don Agustín capta los dos cuernos del dilema mexicano.

El libro consta digamos de dos textos, ligados pero separables, por un lado los anales mismos, por ejemplo:

El 7 de abril de 1858, Juárez salió de Colima para Manzanillo. En el mismo día expidió un decreto nombrando a Santos Deggollado general en jefe de las fuerzas de Occidente y del Norte con facultades omnímodas.

Y por otro, de notas personales que amplían los anales, por ejemplo:

El mismo día (abril 7) llegó Juárez a Cuyutlán, pueblo en la orilla del mar a catorce leguas de distancia de Manzanillo. En Cuyutlán conocí yo a Juárez, por haber sido hospedado en la misma casa en que yo estaba. La primera vez que lo vi acababa de desmontar del caballo y estaba sentado en una de dos hamacas que habían en el portalillo interior, con pantalón y chaqueta de dril blanco y sombrero poblano, blanco, tendido.

Rivera, que era estudiante, había ido ahí con unos condiscípulos, que nombra, de vacacioncillas de Semana Santa “con gran deseo de conocer el mar”.

Ahora, este Juárez, sentado en la hamaca, que monta a caballo y no viaja en carruaje, vestido de blanco y no de negro, con sombrero poblano, también blanco y no negro de copa, no es el Juárez al que nos ha acostumbrado la iconografía de bronce. Pero éste es mucho más real, está más vivo que el otro, y esta vida es uno de los grandes méritos de la crónica de Rivera.

De esta manera, la historia patria se hace íntima, para así comprenderse reviviéndola en los escritos del doctor Rivera. ■



Agustín Rivera